

DEUDA DEL CORAZÓN

PRIMERA PARTE

UN DUELO A MUERTE

CAPITULO PRIMERO

ELLA

En el momento en que empiezo á escribir estos renglones, el nombre de la señorita de Miramar, corriendo de boca en boca, da la vuelta al gran mundo.

Su nombre es el de una piedra preciosa, que es al mismo tiempo el nombre de una preciosa flor; se llama Margarita, combinación delicada que sirve admirablemente para nombre de mujer.

En él se reúne lo que más brilla y lo que más adorna, lo más rico y lo más frágil, un reflejo y un perfume, lo que más deslumbra y lo que más embellece, las dos cosas que más codician las mujeres: los diamantes y las flores.

Los periódicos, en las *Crónicas de los salones* y en las *Gacetillas de Madrid*, llevan casi diariamente hasta el confín del último lector la celebridad de la señorita de Miramar. No perdonan detalle ni pormenor, cuentan los pliegues de sus vestidos, las ondas de sus cabellos. Es imposible no conocerla, y, por consiguiente, no admirarla, pues

dan de su persona, de sus adornos y de sus caprichos pelos y señales con tanta minuciosidad, como si se tratara de un objeto raro que ha de adjudicarse en pública subasta.

Y en efecto, desde el punto de vista de los encajes, de los diamantes, del terciopelo y de la seda, Margarita es una criatura encantadora.

En cuanto á su belleza, consiste en la extraña mezcla de dos tipos diversos, que en ella se confunden, formando un tipo original. Sus ojos pardos son de día casi azules, y de noche casi negros; sus cabellos castaños dejan ver á la luz ondas casi rubias, y á la sombra ondas casi negras; es casi blanca y casi morena. Su nariz, fina y correcta, se detiene discretamente sobre una boca grande, fresca, movable y graciosa.

Cuando está seria, la expresión de su fisonomía es dura, pero sabe suavizarla con la sonrisa más dulce del mundo.

Mira como una mujer y sonrío como una niña; y es que hay en su mirada esa penetrante malicia de la mujer que todo lo sabe, á la vez que resplandece en su sonrisa la atractiva inocencia de la mujer que todavía no sabe nada.

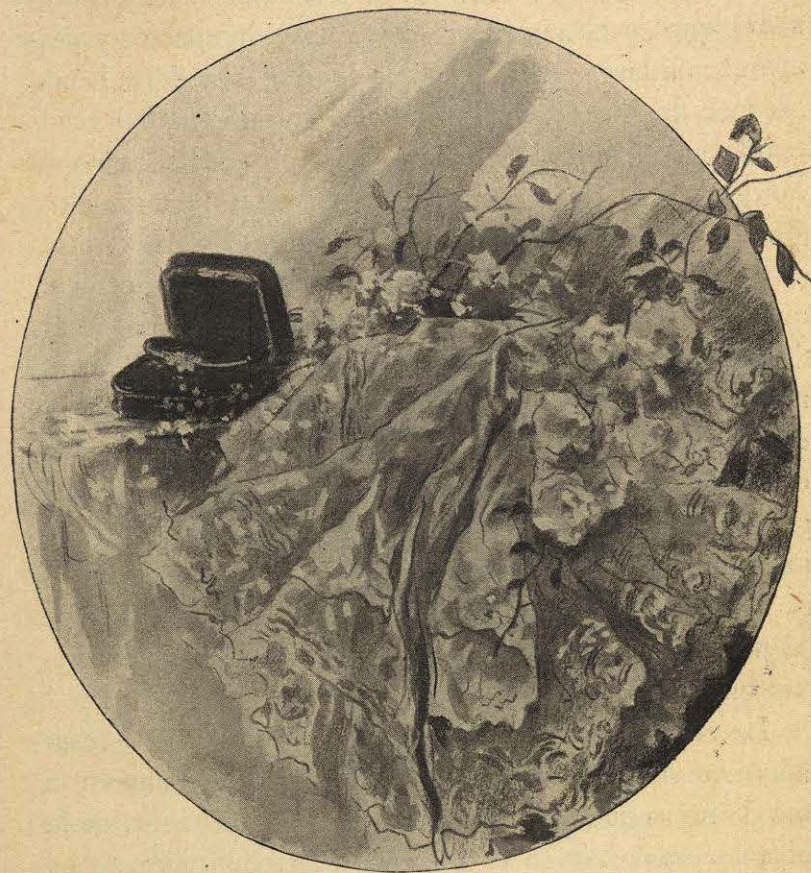
En cuanto á su edad, no es fácil averiguarla á punto fijo, sin tener á la mano el dato fehaciente de su partida de bautismo. Sus miradas dicen: «Voy á cumplir veinticinco años.»

Pero su sonrisa protesta diciendo con sencillez ingenua: «Todavía no he cumplido diez y seis abriles.»

Y este mismo contraste se observa en toda su persona. En ciertas ocasiones se la ve doblar la cabeza humildemente, como si quisiera decir: «Obedezco.» En otras, irguiendo la frente, descubre en la firmeza del entrecejo la expresión enérgica de una voluntad imperiosa. Entonces dice: «Yo mando.»

Su talle, flexible y bien contorneado, se presta á movi-

mientos de armoniosa cadencia, en los que el observador atento puede advertir dos impulsos opuestos que suelen ir juntos, como van juntos el cuerpo y el alma; hay en ellos



... las dos cosas que más codician las mujeres: los diamantes y las flores

sensualidad y pudor; su paso, firme y vacilante á la vez, es al mismo tiempo voluptuoso y casto.

Una vez metido en el minucioso inventario de las prendas que constituyen su persona, será preciso que añadamos dos pormenores, sin los que el retrato resultaría cojo y manco.

Las lectoras querrán saber qué especie de manos le ha concedido la naturaleza, y no hay para qué ocultarles que

sus manos son blancas como la nieve, que en su transparente blancura dejan ver á intervalos las líneas azules de sus limpias venas, que los dedos redondos se prolongan disminuyendo hasta terminar en unas uñas finas y sonrosadas, que en el nacimiento de cada dedo aparece y desaparece un hoyo gracioso, según se abre ó se cierra la mano, y en fin, que tal conjunto de perfecciones se halla contenido en el menor espacio posible, porque la mano de Margarita es todo lo pequeña que debe ser para no faltar á la ley armoniosa de las proporciones.

Los lectores, más curiosos todavía que las lectoras, querrán de seguro que levante un poco la onda del vestido y descubra el pie correspondiente á semejante mano; mas yo no debo permitirme tanta libertad, y además no quiero permitírmela. Advierto únicamente que cuando se dice mano bonita, se dice, por regla general, pie gracioso, porque los pies y las manos son dos extremos que comúnmente marchan en perfecto acuerdo.

Los que no satisfagan su curiosidad deduciendo de las perfecciones de la mano los encantos del pie, será preciso que se resignen á tener paciencia.

La voz viene á ser una facción que influye poderosamente en el atractivo de la persona. Así como hay en la mirada rayos que penetran hasta el fondo del alma, de la misma manera hay en la voz inflexiones delicadas, tonos melódicos que dan á la palabra una elocuencia irresistible.

He observado en las luchas de la palabra que la razón es una gran cosa; pero la multitud dispensa de ella fácilmente al orador que dispone del influjo de una voz agradable ó de una voz tremenda. ¡Desgraciada razón la que tenga que luchar con un acento armonioso ó terrible, si es una multitud el juez de la contienda, y ese juez ha de fallar en el acto! La razón convence y la música conmueve.

Por absurdo que sea lo que llamamos argumento de una ópera, aplaudimos siempre que el músico acierte á entusiasmar nuestros oídos. Es más; hasta la mala música nos sonará bien, si el tenor ó la tiple disponen del supremo recurso de una voz soberana; el argumento se pierde debajo de la música, y la música debajo de la voz.

Por eso hablar á la razón de una multitud, es, por regla general, perder el tiempo; mas habladle á los sentidos, y la tendréis subyugada. Semejante á las serpientes de cascabel, se deja cazar atraída por los sonidos de una flauta.

Lo que digo de la voz puede decirse de la palabra, de la elocuencia, del arte. La soberanía popular es la soberanía de los sentidos. Los aduladores de los reyes se llaman cortesanos, los cortesanos de la plebe se llaman charlatanes; charlatanes que peroran, que escriben, que hilvanan comedias, que tejen novelas, que sacrifican la verdad al aplauso, la razón á la ganancia, y que en el bajo imperio del pueblo bajo, cultivan la baja política, la baja elocuencia, la baja literatura.

Debo hacer una justa distinción; la plebe de que hablo se encuentra esparcida en todas las clases de la sociedad, ó más bien, todas las clases de la sociedad tienen su hez, tienen su plebe. Así es que al decir *pueblo bajo*, me refiero á todo lo que hay de estúpido y de corrompido en la clase alta, en la clase media y en la clase baja.

Mas dejando aparte esta digresión caprichosa, conven-gamos en que la voz puede ejercer un poderoso atractivo. Voces hay que se ven solicitadas todos los años por las más opulentas capitales del mundo, y que los públicos más ilustrados pagan á peso de oro. Es verdad que son voces de *primissimo cartello*.

La voz de Margarita vibra con ese timbre particular, pastoso, que tanto se pega al oído, y que los músicos designan con el nombre de voz de *contralto*. Al principio

causa una sensación penosa; el oído espera á cada momento el desagradable efecto de una desafinación; mas poco á poco se acostumbra á ella, y la voz se hace inolvidable.

Diré algo del carácter incomprensible de la señorita de Miramar.

¿Qué es el carácter?

Una gran cosa. Lo que hace al hombre amable ó aborrecible, brillante ú obscuro, grande ó pequeño.

Es un espejo en el que las cualidades se engrandecen hasta hacerse gigantescas, ó se empequeñecen hasta hacerse insignificantes. Si bien se mira, se verá que el carácter ha hecho más grandes hombres que el genio; los grandes talentos admiran, ilustran, entusiasman; los grandes caracteres subyugan.

La falta de carácter, de entereza, de firmeza, de virilidad, es la anulación del hombre.

Hoy no se ven grandes hombres, porque no hay grandes caracteres. Diríase que se ha extinguido el brillante reflejo con que la grandeza del alma iluminaba las acciones, las palabras, las empresas, la vida de los grandes hombres.

En medio de esta fiera igualdad, de esta igualdad asoladora, que hace igualmente bajos á todos los hombres, que ha convertido en vulgo todas las clases, reduciendo á la sociedad á la condición de plebe, sólo distingo, elevándose inmensamente sobre todos los poderes humillados, quiero decir, envilecidos de la tierra, un gran carácter, uno solo, en cuya nobilísima frente brilla la doble corona de la santidad y de la desgracia, y cuya voz de mansedumbre y de verdad conmueve al mundo desde las augustas bóvedas del Vaticano.

Yo no encuentro hoy entre las presentes grandezas de la tierra, más que esa augusta grandeza del cielo.

El carácter, grande ó pequeño, alto ó bajo, viene á ser



MARGARITA DE MIRAMAR

como la fisonomía moral del alma, y en las irregularidades del carácter de Margarita se dibujaban las vacilaciones de su corazón y las indecisiones de su espíritu.

Salta fácilmente del aturdimiento á la reflexión, y su habitual y movable alegría cede algunas veces interrumpida por súbitas tristezas. Como si su alma pasara por un misterioso crepúsculo, asoman alternativamente á su semblante los resplandores del día y las sombras de la noche.

Tan vivo contraste da á su ser un aire de encantadora frivolidad, que añade al atractivo de su lujo y de su hermosura la seducción de la inconstancia.

Para unos es caprichosa como una niña consentida; para otros es coqueta como una mujer mimada.

Las jóvenes dicen: «¡Qué local!»

Y sin darse cuenta de ello, todas intentan imitar sus locuras.

Las jamonas exclaman: «¡Lo que sabe!»

Y prodigan á su talento las más crueles alabanzas.

Las viejas han convenido á media voz en que es tonta.

Entre los hombres no son los pareceres menos diversos, pero todos parten de estas tres suposiciones fundamentales.

Para los muchachos...

— ¡Que inocente!

Para los hombres...

— ¡Que impenetrable!

Para los viejos...

— ¡Que temible!

Su presencia produce tres exclamaciones, correspondientes á esos tres pareceres.

Al entrar en un salón, al aparecer en su palco, al cruzar un paseo indolentemente reclinada en los ricos almohadones de su lujoso landó, exclaman los jóvenes con la boca abierta:

— ¡Qué ángel!

Los hombres, mordiéndose suavemente los labios:

— ¡Qué mujer!

Los viejos, rascándose maquinalmente la oreja:

— ¡Qué demonio!

Sin embargo, se ha convenido por todos en un punto muy importante, á saber: que la señorita de Miramar ha recibido una educación brillante.

Conviene advertir, para la mejor inteligencia de tan unánime parecer, que la brillantez es un fenómeno producido por los cuerpos cuya superficie no dan paso á la luz, y que, por consiguiente, al recibirla la despiden, y al despedirla la reflejan; por eso lo brillante es por lo común superficial.

Mas el hecho es que la irresistible señorita de Miramar monta á caballo con la destreza de un hombre y con la gracia de una mujer.

Pinta, además, si no con corrección, á lo menos con soltura, y hay en su lápiz líneas atrevidas y en su pincel tonos audaces. En los paisajes, sobre todo, se despacha á su gusto, y al retratar á la naturaleza se empeña en corregirla y acaba por atropellarla.

Pero su lápiz es tímido y su pincel indeciso si trata de bosquejar los contornos de una cabeza humana; entonces parece que busca un modelo que no encuentra, un modelo que vaga confuso por las obscuridades de su pensamiento, una cabeza de hombre cuyas nobles líneas se pierden en su imaginación sin que el pincel se atreva á trazarlas. Visión movible de su espíritu, realidad impalpable de su deseo.

Su maestro de música está desesperado, porque sus dedos ágiles se niegan al rigor estricto de los métodos; porque liga ó desata las frases con imperturbable independencia; porque corta ó alarga las notas, imprimiendo en

ellas la expresión fantástica de un gusto fuera de toda regla.

Y su desesperación consiste en que eso lo hace Margarita ejecutando con maestría, con destreza, con verdadera posesión del piano, con completo dominio de las teclas; y el pobre hombre no acierta á explicarse cómo han podido reunirse en la misma persona unas manos tan dóciles y un gusto tan rebelde.

Cada vez que el maestro hace un gesto de disgusto, Margarita sonríe de satisfacción, y él se encoge de hombros, indeciso entre aplaudirla ó matarla.

Los días de lección entra en la casa alentado por la esperanza de corregirla, pero á la media hora sale abrumado por el convencimiento de que es incorregible.

Lo mismo que toca canta.

El maestro la admira y la detesta; la admira, porque tiene en la voz y en los dedos el genio de la música, y la detesta, porque es una criatura invencible que se burla de la severidad del arte.

Unas veces se irrita y otras veces se aflige. Después de abandonarla á las extravagancias de su mal gusto, siente con más ímpetu el deseo de vencer su obstinación. Es una lucha sorda que agita su espíritu, que le quita el sosiego; es una especie de manía que se ha apoderado de su pensamiento; no piensa en otra cosa... Está herido su orgullo de maestro y desgarrado su corazón de artista. Y lo peor de todo es que experimenta horribles temores de que su propio gusto se corrompa bajo la influencia avasalladora de tan tenaz discípula. Semejante sospecha lo pone fuera de sí, tiembla, y se estremece porque tiene miedo de tener miedo. En fin, es una idea fija que lo persigue y lo domina, una angustia ridícula sin duda alguna, un dolor risible á todas luces, pero que no obstante puede acabar por volverlo loco.

Por lo demás, la señorita de Miramar habla en inglés con bastante desembarazo, posee el francés, no le es desconocido completamente el italiano, y sabe aprovechar la energía y la dulzura, la majestad y la gracia de la lengua castellana.

Si á esto se añaden algunos elementos de Historia, ciertas nociones de Geografía y de Física, las cuatro reglas de la Aritmética, la idea de Dios algo confusa, por no conservar fielmente en la memoria las bellas definiciones del Catecismo, principios de moral un tanto cómodos, algo *doctrinarios*, para que puedan avenirse las asperezas de la virtud con las dulzuras de la conveniencia; si se añade, en fin, la lectura de unas cuantas novelas de Dumas, de Soulié, de Sué, etc., tendremos poco más ó menos una idea de la brillante educación que ha recibido Margarita.

Desde que la materia, según los autores del nuevo *Genesis*, perdió la milagrosa virtud de producir por sí misma al hombre hecho y derecho, los que venimos al mundo nos vemos en la doble necesidad de nacer niños y de tener padres. He aquí la razón por qué Margarita es hija de los señores de Miramar.

Ella está contenta y ellos orgullosos.

Además del vivo sentimiento que los hijos despiertan en el corazón de sus padres, Margarita tiene á los ojos de los suyos el singular mérito de ser hija única.

Todos los hombres pueden ser padres, y, francamente, todas las mujeres desean ser madres; mas ¿deberían serlo todos y todas?.. No basta ser padre, no basta ser madre; es ante todo preciso saberlo ser. ¡Es tan triste y tan cruel deber la desgracia á aquellos á quienes al mismo tiempo les debemos la vida!..

Del regazo de la madre sale el niño sano ó enfermizo, débil ó robusto, llevando en su sangre el germen de la vida ó de la muerte. Del seno de la familia sale el hombre

bueno ó malo, llevando en su corazón y en su entendimiento el germen de su dicha ó de su desgracia.

Hay ternuras crueles y cariños funestos; el amor á los hijos no debe ser un amor ciego, porque precisamente es un amor que necesita verlo todo.

Pues bien; los señores de Miramar son unos padres que no ven más que por los ojos de su hija. Hermosos ojos sin duda, pero ojos al fin, que poco acostumbrados á los falsos efectos de la luz del mundo, toman las perspectivas por realidades.

Ella es la reina de la hermosura y de la moda, y sus padres son los primeros cortesanos de su belleza, de su juventud, de sus caprichos y de su lujo.

¡Cómo la quieren!

¡Cuántas mujeres al verla le envidiarán la fortuna de ser hija única de semejantes padres!

Tal es el mundo y tal es Margarita.